

blica, así como también las de todos los ciudadanos que se distinguieron por algún concepto. No es una ciudad; es un museo histórico.

¿Cómo se explica, pues, esa falta de entusiasmo ante la estatua de Dantón? Porque están calientes, á mi juicio, las cenizas de la fiera... Es peligrosa aún la beatificación política de revolucionarios, como Dantón, que fueron temperamentos pasionalísimos en la historia de la Humanidad. Hizo falta que se excedieran, es cierto, pero pecaron por carta de más, y dan miedo todavía.

Allá, por la montaña de Santander, fué muerto un oso, de gran tamaño, por un cazador famoso en aquellos montes; y, como no había de echársele áuestas, llamó, para que lo arrastraran, á unos mozos del pueblo más próximo al sitio de la cacería. El oso, patas arriba, hacía una facha atroz; una bala certera habíale atravesado el corazón. Llegan los mozos, se cercioran de que está bien muerto, y le echan mano... ¡Y miren ustedes por dónde se le ocurre el animalito soltar un... bufido! Escaparon los aldeanos, perdiendo el *derrière-train*, como almas que lleva el diablo, y no hubo modo de conseguirlos. El oso estaría muerto; ¡pero bufaba!

— Dantón bufa todavía.

RAVACHOL

« La región comprendida entre Roanne y Saint-Etienne — dice Varennes — no puede menos de estar poblada de anarquistas. La Naturaleza despierta repentinamente en el viajero una idea de desorden revolucionario...; tranquila hasta allí, aparece de pronto provocativa, atormentada, casi feroz. El horizonte no se destaca suavemente. Las agudas crestas de las montañas la encierran en un enorme hervidero de la tierra, sacudida por los volcanes. El paisaje es sombrío, casi negro, como la bandera de la miseria. Se ausculta allí una vida penosa, dura, llena de sufrimientos; y se explican los odios terribles... »

Aquella naturaleza engendró á Ravachol.

¡Ravachol! ¿Era un mito, un *Souveraine* de la dinamita parisiense? Durante el bombardeo sordo de las casas de París, la prensa decía diariamente: « Monsieur Gorón cree que el autor es Ravachol. » ¿Y qué importancia tenía que fuera ó no Ravachol? Lo que importaba é importa averiguar es si cada uno

de los anarquistas es un Ravachol en el duelo á muerte entre obreros y burgueses. Lo que importaba menos, en el combate que riñeron aristócratas y burgueses á fines del pasado siglo, era Marat, aquel neurópata que fué una necesidad trágica. Se le tuvo por fantasma durante mucho tiempo. La presencia *real y efectiva* de aquel « ciudadano » asombró á las distinguidas personas que le vieron en un sarao del general Dumouriez. ¿Conque era cierto que vivía un energúmeno de carne y hueso que se llamaba Marat? Pues... á suprimirlo, siguiendo el sistema del médico que suprimió la sábana del enfermo para cortarle la calentura. Pero la calentura no estaba en la sábana, ni la fiebre revolucionaria estaba exclusivamente en *El Amigo del Pueblo*, cuya sangre no enmoheció, por cierto, el tajo de la guillotina.

* * *

Saint-Étienne 10 de Julio. — El Sr. Deibler entró en el hotel y comió con sus ayudantes en una sala reservada. La comida ha durado largo tiempo...

Montbrison 10 de Julio (11 noche). — Animación muy grande en los cafés. Se canta, se baila y se discute á voces...

* * *

Ravachol al jefe de la guardia. — « Decid al abate

que no quiero recibirle. No me sirven sus exhortaciones. Ya le he dicho que no creo en nada. ¡Que me deje, pues, tranquilo! »

* * *

Ravachol al mismo jefe. — « Lo único que siento es no haber podido escribir largamente á mis compañeros. Pero ellos saben que muero por la buena causa y que no he demostrado ninguna debilidad. Se verá ahora cómo muere un anarquista. »

* * *

Como una serpiente pisoteada. La gran figura del anarquismo no era un hombre; era una fiera. Con cien mil Ravacholes podría un nuevo Napoleón pasarse victoriosamente por toda Europa.

* * *

El cura palidece; Deibler, todo emocionado, está más blanco que un papel; los ayudantes tiemblan; la multitud contiene la respiración...; del fondo del furgón, que avanza poco á poco, surge un cantar cancanesco, un cantar de Saint-Etienne, con nueva letra, que es una blasfemia contra Dios. La multitud prorrumpen en murmullos: — Ahí está, y viene cantando...

Aparece en la ventanilla del coche la cabeza brutalmente osada y altiva del formidable dinamitero.

La boca no ha podido ser tapada, y sigue cantando. El canto no es la Marsellesa de los Girondinos; es un cantar explosivo, cuyas notas han sido escritas con odio en el pentágono de la anarquía. El inventor de una bomba de muerte es también inventor de un canto blasfemo. Aquello es horrible, pero se oye con recogimiento místico. Es la última canción de un Jesucristo explosivo.

Ravachol, fuera del furgón, quiere hablar.

— Ciudadanos... (Un redoble de tambores le corta la palabra.)

— ¡Ciudadanos!...

Imposible. No hay modo de hacerse oír. Entonces se vuelve un energúmeno aquel hombre « aprisionado como un salchichón ».

— ¡Pero yo tengo algo que decir!... y contesta con una blasfemia á un nuevo redoble de tambores.

Hay que echarle en la báscula. Pero Ravachol lucha contra Deibler y sus ayudantes.

Aplastada por el número cae la cabeza bajo el tajo de la guillotina, que corta, al herirla de muerte, la última sílaba de un viva á la *Revolte*...

* * *

Se creyó que concluía, muerto Ravachol, la fiebre anarquista. Había, pues, que cogerlo; hacía falta suprimirlo. Declaróse urgente la discusión del dictamen de la Comisión de la Cámara francesa, que im-

pone la pena de muerte al que deposite materias explosivas en la vía pública ó en el interior de los edificios; y quedóse para otro día la discusión de los medios conducentes á suavizar las condiciones del duelo á muerte entre los que tienen lleno el vientre y los que lo tienen vacío; entre los que viven cortando el cupón y los que agonizan sin derecho al trabajo, es decir, á vivir... Y el funeral de Ravachol fué... el desastre de la calle *Bons Enfants*...

* * *

El *Hôtel Carnavalet* ha adquirido, por un precio muy subido, la mesa del restaurant *Very* donde comía Ravachol y en la cual grabóse su retrato. Si Ravachol hubiera *dinamitado* en nombre de la iglesia, en vez de *dinamitar* en nombre de la anarquía, claro está que la mesa, transformada al andar del tiempo en santuario ó altar milagroso, veríase de continuo cubierta de preces y monedas, y los retratos de Ravachol y demás compañeros tendrían unas aureolitas y éstas inscripciones á guisa de señas para el año cristiano :

San Ravachol, dinamitero y mártir. — *San Meunier, jorobado y mártir.* — *Santa Bricou, virgen y mártir.*

Porque la cuestión es acertar, esto es, no adelantarse ni atrasarse, y caso de tener que optar por uno de los dos extremos, echarse atrás mejor que adelante : ¡ morir en el circo romano por el Dios que negó

Renán, en vez de morir en la plaza de la Roquette por el Dios Krapotkine!...

No soy anarquista, porque no soy nada, por la sencilla razón de que entiendo que no vale la pena; pero creo firmemente que va á llover mucha dinamita. Prefiero el nihilismo ruso que mataba frente á frente á los czares y poderosos, al nihilismo francés que *vuela* por equivocación á los pobres de la tierra. Pero, de un modo ó de otro, ¡va á llover mucha dinamita! Y después del diluvio de fuego, no habrá un Schouppe que escriba estas quejas que encierran un dolor insolente :

« He sufrido mucho, he luchado demasiado contra la selva virgen, contra las aguas, contra la crueldad de los animales y sobre todo contra la crueldad de los hombres, y tengo el corazón encallecido en las miserias, en las tristezas pasadas, en luchas horribles de las que no se tiene idea en el mundo parisiense... »

Y es que para muchos desheredados á lo Schouppe, París no es más que una Morgue, la odiosa gruta en donde se petrifican con estalactitas de sangre y lágrimas los negros infortunios.

* * *

« Algo nuevo se prepara — ha dicho Aurélien Scholl; — se siente, se ve. No hace mucho calificábame yo de generoso cuando daba de limosna un cuarto. Hoy, cuando le entrego dos reales ó una

peseta á un mendigo, me avergüenzo de darle tan poco á cuenta de lo que le debo. »

Se siente, sí, la proximidad de algo nuevo, y se vislumbran, al través de la negrura del *statu quo*, los primeros relámpagos de una atmósfera social que está á punto de dar un estallido... Una sombra de muerte corre por el boulevard, empañando la alegría de vivir, y el bienestar de los hombres ricos y las mujeres livianas se perturba al anunciarse un nuevo complot, ó un periódico acusador, cuyos vendedores, no sé si escogidos adrede, llevan marcada en sus fisonomías la mueca del patíbulo. Ya no se gusta la dicha como cosa conquistada y propia; se la roe en secreto, de prisa y corriendo, como si fuera producto del crimen. No se respira libremente; no se vive en paz. Los guardianes del orden público son despedidos por los caseros; al « ejecutor de la justicia » le ponen los trastos en la calle; cuando una persona va á alquilar el piso de una casa en donde vive un representante de la ley, la portera cree que tiene la obligación de avisarle que vive allí un señor *peligroso*; el pueblo se revuelve frenético, como fiera castigada largo tiempo, y, si se le censura tal ó cual atentado, se encoge de hombros, contesta una insolencia brutal, ó dice, enseñando el cuerpo de Jerónimo Guerin, muerto de hambre en un rincón de la calle *des Écoles* : « Somos los vengadores de esta gran infamia ». Al robo se le llama « expropiación »; al asesinato premeditado se le bautiza con el nombre de « procedimiento por los hechos »; sobre la báscula se alardea, con fatalismo oriental, de morir re-

signado y contento; argúyese que los atentados se inspiran en las obras de los Dostoievsky, Tolstói, Krapotkine, Zola, y que las bombas de la dinamita se han encendido en las columnas de la prensa periódica : adviértese, con la arrogante severidad de un Catón, que no ha de quedar piedra sobre piedra de la sociedad moderna, y los dinamiteros vocean en los tribunales que están dispuestos á perder la vida antes que consentir en levantarse para hablar á los magistrados, porque el estar de pie delante de un magistrado sentado, es una conculcación de la soñada igualdad.

¡ Bueno va! Ravachol sigue vivo. Es, para sus discípulos, una cabeza parlante. Murió. ¡ Pero hay muertos que resucitan!

Por fortuna para España, se está allí libre de explosiones y Ravacholes. No hacen falta, porque la sociedad se cae á pedazos. Los cascotes de las calles del Carmen y Carrera de San Jerónimo y los hundimientos de los pueblos, son símbolos elocuentes.

ALCALDADA PINTORESCA

¡ No hay coches! La exclamación se parecía á la de ¡ *Sálvase quien pueda!* Se gritaba, se injuriaba, se blasfemaba, se oían bofetadas, rodaban de los estribos cestos y mujeres, y más que el principio de un viaje diríase que era el asalto por los beduinos de un tren blindado.

— ¡ No fué floja la bofetada que le han dado á ése!

— ¡ Ande usted, no ha sido flojo tampoco el puntapié con que le han respondido!

Los empleados ríen... La máquina hace maniobras... Un energúmeno grita : ¡ *Al tren!* ¡ *Al tren!* Los viajeros continúan riñendo en el gallinero. ¡ No hay bastantes asientos! El interventor trata de acomodarlos . « Á ver, á ver, arreglarse lo mejor que puedan ».

— ¡ Eh, caballero! ¡ se ha sentado usted sobre la cesta de mis huevos!

— ¡Aquí no se coge más! — vocea un viajero cerrando violentamente la portezuela del coche.

— Pues mi dinero es tan bueno como el de usted ¡tío sarnoso!

Y el conductor : « Á ver, á ver, arreglarse lo mejor que puedan ».

Con aire de perdonavidas cruza el andén un hombre cuya principal prenda de vestir es una chaqueta negra ribeteada de oro... No lleva corbata, pero sí bastón, hermosa vara que ni de encargo para medirle las costillas.

¡No hay asientos! Pero el hombre exige el suyo, no á la empresa, sino á un viajero que estaba á la sazón con el pie en el estribo.

— ¡Se baja usted de grado ó por fuerza! ¡Lo mando yo!

— ¿Usted? Y ¿quién es usted? ¡Vaya usted mucho con Dios!

— Que se baje usted á las buenas, ó baja usted de cabeza...

— ¡Mire usted que le voy á dar la bofetá del siglo!

— ¡Que venga un delegado del Gobierno!...

Lo *arregló* el interventor; pero ya en el coche, dijo atrocidades de los madrileños, que campaban allí por sus respetos, y se armó la gorda.

— Yo, aunque no tengo *destrucción*, sé el reglamento de los ferrocarriles.

Á lo que contestó una chula :

— ¡Tío animal! ¡Usted no sabe donde tiene la mano derecha!

— ¡Que venga un delegado del Gobierno!

El interventor *arregló* la tempestad.

Pero el hombre ribeteado de oro insultó poco después á otro viajero porque ocupaba un sitio con la manta, y á un señor cura que había puesto el quitasol en un banco, y á una morena guapísima que se había quitado la chambrá « sin decoro »... como decía el caballero del ribete.

Y todos se preguntaban : — ¿quién será este *tío*?

La morena de la chambrá *sin decoro*, que me conocía de Madrid, y que me había visto en el tren, se fué á mi coche y me sacó á la fuerza mientras gritaba :

— Aquí está este señor que sacará á usted á la vergüenza en los *papeles*.

— ¡Que venga un delegado del Gobierno!...

El tren llegó á Cabezón. El secretario de la alcaldía esperaba en el andén. Además paseaban por la carretera del lugar, en demostración de júbilo, las mejores mozas del pueblo celebrando una boda...

Entonces sonó una silba horrorosa para despedir al hombre de la chaqueta negra con ribetes de oro, el cual tuvo que sufrir también una lluvia de mendrugos, huesos de pollo, cortezas de peras y melocotones. Un viajero, más entusiasta que los otros, le tiró á la cabeza una cocinilla económica.

El agredido se mantenía firme en la estación, lívido, desencajado, con cierto tinte verdoso que le asemejaba á un frasco de pepinillos.

El secretario (visiblemente conmovido). — ¿Sa-

béis lo que habéis hecho? ¡Insensatos! ¡Es la primera autoridad del pueblo; es el alcalde!...

La morena (sin decoro). — Alcalde y de Cabezón tenía que ser el tío...

El tren, como si tal cosa, salió silbando...

RENÁN

No ha sido entierro; ha sido resurrección. El gobierno, la diplomacia, el ejército, las Academias, las Universidades, la prensa, todo el París de la inteligencia representado por sabios que se exhiben de raro en raro; carros con coronas monumentales, bosques de flores y espigas, interminable hilera de carruajes, silencio y recogimiento del pueblo; y en medio de la procesión, cubierta con paños negros, la figura de Renán apacible y sonriente.

La iglesia de la Magdalena no cerró su ancha verja, y los parisienses se acomodaron bien presto en las espaciosas gradas del templo. De allí vengo; y allí estuve cuatro horas, esperando el entierro y viéndolo luego, á pie firme, y casi helado por un gris que me recordó el aire sutil del Guadarrama.

Una beata que se azoró, al salir del templo, ante tamaña explosión del racionalismo, preguntóme toda compungida:

— ¿Qué procesión es?... ¿Qué santo se celebra?

— ¡San Renán, señora! Es la procesión de los que piensan.

* * *

Declaro lealmente que no son de mi agrado las disquisiciones religiosas. Si quitamos á Renán la belleza literaria y la cultura de pensamiento, será un Tchau-Tchau, el autor de la *Muerte ó la religión del Diablo*, que es la de Cristo, á juicio de aquel escritor chino. Por otra parte, me parece Renán, como racionalista, un... atrasado.

Declaro igualmente que no me enamora el temperamento de Renán, que fué la antítesis de Voltaire, digan lo que quieran los que le comparan con él; esto es, un racionalista manso, *suaviter in modo*, y en este punto, juzgándole con arreglo á la apacible crítica religiosa, me parece inferior á Strauss... Apunto estas ideas para que no se me tache de poco entusiasta de Renán filósofo, ó, mejor aún, de Renán incrédulo, del Renán que, con todo su excepcionalismo, inspirábame ganas de decirle que ocultaba, debajo de la capa raída por la polilla filosófica, un buen cura... Y no digo más, porque el escritor y filósofo para quien « no ha tenido el mundo de las letras, después de la desaparición de Víctor Hugo, una pérdida más grande », continúa siendo para los acaparadores de la rutina religiosa lo que para el clero de Nápoles; el cual, cuando supo la noticia de que había llegado Renán á dicha ciudad, dispuso

oraciones permanentes y rogativas en todos los templos, y que se tocara á vuelo las campanas « para echar al demonio del cuerpo del *antecristo* Renán », del pensador en cuya tumba se grabará por todo epitafio, y en cumplimiento de su voluntad postrera, estas solas palabras :

AMÓ LA VERDAD.

En el entierro no hubo discursos que lamentar...

Es un consuelo para el muerto, si se entera. Cuando yo pensaba en ser grande hombre (hace ya mucho tiempo) preocupábame la idea de que me acompañaran, si moría en Puerto Rico, una porción de amigos con sombreros de paja, y que un orador fúnebre, de los que merecen alquilar sus servicios en la isla, me soltara un discurso; porque si hacen eso conmigo, ó contra mí, ¡yo me salgo de la caja!

En la cuestión, á la orden del día, de si merecen ó no merecen los restos de Renán ir al *Panteón* de los grandes hombres, me permito votar con Charles Laurent. Si han de llevarse allí, hágase para él y sus compañeros de filosofía y letras « un *Panteón* de segunda clase. »

Renán era un gran filósofo, aunque le precedió Hegel, como Becquer era un gran poeta, aunque tuvo de precursor á Heine. Pero los grandes filósofos y literatos no son de la madera de los grandes hombres en honor de los que se erigiera el *Panteón*.

Un periódico pide, en el delirio del entusiasmo,

que lleven á la tumba de Napoleón los restos de Renán. ¡Qué atrocidad!

Renán, que era un filósofo pacífico, quitado de ruidos, doméstico en fin, se hallaría muy mal á la vera de aquel insigne energúmeno. Sería una crueldad obligarle á encerrarse con él en una misma habitación. Renán tendría mucho miedo, porque Napoleón fué de los hombres que, según una célebre frase de *Fray Gerundio*, « nacieron y estudiaron para matar »; y cuentan los Inválidos domiciliados en las cercanías del *Panteón*, que oyen allá dentro, á ciertas horas de la noche, un á modo de ruido de arrastre de cañones, y es que en la imaginación de los soldados de la patria, rudos y sencillos, hase guardado impresa la leyenda de aquel extraordinario neurópata que pasó la vida en un soplo... de metralla, arrastrándola desde las Tullerías hasta Berlín y Moscou; el cual « capitán del siglo », que no dejó más que escombros y rencores, pareceme un malhechor chasqueado de los que no encuentran un solo ochavo del pingüe tesoro con que soñaron cuando resolvieron robar y matar mucho... ¡Oh! ¡Los Napoleones, Cortés, Pizarros, Alejandro, Moltkes, los Césares todos, bonita canalla!

Pero, ya que la guerra es innata y perdurable en la humana especie, entiende Laurent que el primer hueco del *Panteón* debe llenarse con los restos del grande hombre que vengue los ultrajes inferidos á Francia; y yo me atrevo á añadir que no harán falta entonces proyectos de ley, que no habrá una sola

voz que proteste, y si la hubiera... ¡las puertas del *Panteón* se abrirían por sí solas!

Se impondrá, eso sí, una medida preventiva: poner bajo llave á Napoleón primero... ¡para que no salga de noche á pelear con el *otro*!...

Puesto que Roma guarda en el Monte Pincio los bustos de una porción de italianos sobresalientes, y Londres conserva en la abadía de Westminster á Darwin, Livingstone, Dickens y otros ingleses ilustres en ciencias y artes, pide un cronista que lleven al *Panteón*, no solo á Renán, sino también á Arago, Ampere, Lamartine, Balzac, Cuvier, Dupuytren, Berlioz, Hérold, Bizet, Gericault, Corot, Musset, Dumas, Gautier y... Luis Bonafoux. Sí, ¡que me lleven á mí! El cronista no lo dice, pero debería decirlo, por si falta gente, aunque yo he renunciado generosamente á la gloria. Porque la gloria en resumen, ¿qué es? ¿Dormir al lado de Napoleón? Pues, francamente, no vale la pena.

Mucha gente se me antoja esa que quiere *encerrar* el cronista. De hacer lo que indica, habría que agrandar el *Panteón*; y, aun así y todo, los ciudadanos distinguidos llegarían á las bohardillas.